

Guerrilla y ejército regular **León Trotsky** **24 de julio de 1919**

(Tomado de L. Trotsky, *Escritos militares*, Tomo 2, Ruedo Ibérico, Vesoul (France), 1976, páginas 59-66; también para las notas. 24 de julio de 1919. *Voenoe Dielo*, número 25 (54))

En la lucha contra el insurreccionalismo en descomposición se ha producido cierta confusión de conceptos que a la larga puede ocasionarnos serios inconvenientes prácticos. Se trata, ante todo, del concepto de guerrilla. En nuestros periódicos y discursos esta noción se identifica últimamente, por lo general, a la indisciplina, el majnovismo, el bandidismo, etc. Sin embargo, la guerrilla, que en gran medida recubre el concepto de “guerra pequeña”, entra (si no como un hijo legítimo, por lo menos como un bastardo legalizado) en la doctrina militar oficial. Si la guerra tiene como objetivo, en general, la derrota del adversario, la guerra pequeña se propone infligir quebrantos y daños al adversario. En el aspecto organizacional operativo, la guerra pequeña se caracteriza por la gran autonomía de los diversos destacamentos.

Las acciones insurreccionales semiespontáneas, como las producidas en Ucrania, contienen siempre un elemento guerrillero. Pero la guerrilla no significa siempre la acción, arbitrariamente decidida por ellos mismos, de destacamentos sin formación militar y mal armados. La guerrilla puede ser también el método de operar de destacamentos cuidadosamente organizados, con facilidad de maniobra y estrechamente subordinados (dentro de su gran autonomía) a un estado mayor operacional. Combatiendo ahora el majnovismo en todas sus variantes, incluida la pseudocomunista, nosotros no negamos, evidentemente, la necesidad y la conveniencia de las acciones guerrilleras. Al contrario, puede decirse con seguridad que en el curso ulterior de la guerra adquirirán una importancia creciente.

En más de una ocasión algunos críticos han reprochado a nuestro método de conducir la guerra el ser lento y pesado, oponiéndole la necesidad de una estrategia de maniobra, más ligera y flexible, en la que se conceda más autonomía a diversos destacamentos móviles. Partiendo justamente de este enfoque, Taras-Rodiónov¹ quiso mostrar la inutilidad, e incluso lo dañino, de utilizar a especialistas militares, cuyo pensamiento se había supuestamente anquilosado en los conceptos y hábitos de la guerra de posiciones². La estrategia “proletaria” de Taras-Rodiónov, incompatible con la pasividad y la espera propias de la guerra de posiciones, exige movilidad, iniciativa local y acciones fulgurantes, calculando siempre que en la retaguardia del enemigo se encontrarán nuevas fuentes de aprovisionamiento.

¹ (Véanse sus ridículas “tesis” publicadas en *Voenoe Dielo* [*Cuestiones Militares*] L.T.).

² Las tesis del camarada Tarasov-Rodiónov han sido publicadas en dos números de *Voenoe Dielo* (17-18 y 19 de 1919) bajo el título: “Edificación militar” (Veinte tesis en total). Citamos algunos fragmentos: “La relativa debilidad numérica del Ejército Rojo en comparación con los ejércitos de la guerra imperialista (que se explica por premisas militares y económicas) hace imposible la guerra de posiciones y la convierte en guerra de maniobra, lo que obliga a los comunistas militares a estudiar la historia y el arte de las operaciones de maniobra en las guerras pasadas. El carácter de maniobra de la guerra de clases debe determinar la edificación del Ejército Rojo... Para la guerra de maniobra hace falta formar rápidamente una caballería, que desapareció durante la última guerra de posiciones, así como también la formación de una artillería ligera de campaña, de comandos a caballo o motorizados, de vehículos y trenes blindados. Y hay que dejar de lado absolutamente los gases y las minas, lo mismo que otras formas de armas pesadas que son el último grito de la técnica militar burguesa... Los altos cargos del aparato de dominación militar burguesa, los organizadores y administradores responsables del ejército imperialista de posición, los dirigentes de la política burguesa, los generales y miembros de los estados mayores, no pueden ser de ninguna utilidad al Ejército Rojo puesto que no comprenden ni reconocen la política de clase proletaria, y consideran los métodos militares burgueses como apolíticos, sin carácter de clase y los únicos justos. Por tanto, el Ejército Rojo no los necesita”.

Sin entrar, por el momento, en la cuestión de la orientación que debe tener el desarrollo ulterior de nuestra estrategia, no podemos dejar de señalar aquí que los rasgos de la guerra “proletaria” que, según Taras-Rodiónov, hacen superfluos para nosotros los antiguos oficiales “posicionistas”, representan, de hecho, la descripción más o menos exacta de los métodos y procedimientos de Dutov, Kaledin, Kornílov, Krasnov y Denikin. Justamente son ellos los que no mantienen un frente compacto; justamente es en sus ejércitos donde los destacamentos de maniobra, con predominio de la caballería, tienen la mayor importancia; y la pequeña guerra de los Chkura, Pokrovsky, etc., consiste justamente en contornear el núcleo central del enemigo, tantear su punto débil, penetrar en la profundidad de su retaguardia y encontrar allí, en la burguesía y los elementos kulaks, fuentes de aprovisionamiento. Resulta, por tanto, que la estrategia que los charlatanes “comunistas” intentan legalizar como nueva estrategia proletaria, considerándola inaccesible a los cerebros de los generales zaristas, en la práctica son estos últimos los que hasta ahora la utilizan con más amplitud, insistencia y éxito. La experiencia demuestra que la “guerra pequeña” o guerrilla en el sentido más arriba indicado, puede ser en determinadas condiciones un arma muy eficaz para cada una de las clases que luchan en la guerra civil. Pero cuando se propone, de hecho, aprender los métodos guerrilleros en Kolchak (¡los esquidores!) o en Denikin (¡la caballería!) resulta absurdo disertar al mismo tiempo sobre la cerrazón “posicional” de los generales zaristas.

En tanto que tipo predominante, la “guerra pequeña” es el arma del beligerante más débil contra el más fuerte. El más fuerte aspira a destruir y exterminar al más débil. Este último, consciente de su debilidad, pero no renunciando a la lucha (confiando, evidentemente, en cambios futuros), se propone desorganizar y quebrantar, de vez en cuando, a su adversario.

La “guerra grande” (grandes masas, frente compacto, dirección centralizada, etc.) se propone destruir al enemigo. La “guerra pequeña” (destacamentos ligeros de maniobra, muy independientes entre sí) se propone debilitar y extenuar al adversario. Dutov, Krasnov, Denikin, contaron durante mucho tiempo con la ayuda exterior. Su tarea era frenar al poder soviético, no darle reposo, cortarlo de sus regiones principales, destruir las comunicaciones ferroviarias con la periferia, no permitirle desarrollar una actividad económica amplia y sistemática. El método natural de los más débiles era la “guerra pequeña”.

El poder soviético ha sido, y sigue siendo, en todo momento, el lado más fuerte. Su tarea (destruir al enemigo para tener libres las manos con objeto de edificar el socialismo) no ha cambiado desde su instauración. En el primer periodo, cuando las esperanzas de los guardias blancos rusos en la ayuda de Alemania, y después en la de Francia e Inglaterra, eran muy realistas, cuando los guardias blancos se contentaban con quebrantar de vez en cuando el centro soviético, atacándolo desde la periferia, el poder soviético se proponía destruir inmediatamente a sus enemigos periféricos a fin de que no pudieran esperar hasta la intervención exterior. De ahí que el poder soviético, incluso en su periodo inicial de debilidad militar, tendiera a la centralización del ejército y al establecimiento de un frente continuo contra las incursiones guerrilleras desorganizadoras que practicaba el enemigo.

Por consiguiente, ha sido precisamente la situación política del proletariado, como clase dominante, la que le indujo a formas más pesadas de organización militar, en contraste con los “generales zaristas”, los cuales, en tanto que sediciosos, concentraron su experiencia y su inventiva en la aplicación y el desarrollo de la guerra “pequeña”, la guerra de maniobra, guerrillera. Si consideramos retrospectivamente la toma de Siberia y Arjánguelsk por los blancos, la ocupación temporal de las ciudades del Volga, los éxitos del enemigo en el frente occidental, y en gran parte también los éxitos de Denikin en el sur, no puede por menos de verse que el papel esencial lo desempeñaron las incursiones, las irrupciones, los movimientos envolventes en profundidad, complementados con las insurrecciones y complots en la retaguardia, o los complots en el mismo Ejército Rojo; es

decir, justamente los métodos que Taras-Rodiónov propone como específicamente proletarios en oposición a los métodos de guerra de posiciones de los generales.

Pero debe añadirse inmediatamente que cuanto más disminuían las esperanzas en una intervención directa de Europa, y cuanto más se amplificaban los éxitos de Denikin, como antes los de Kolchak, tanto más perceptible era en uno y en otro el propósito de crear un frente más o menos continuo y de lograr una dirección centralizada de grandes agrupaciones combatientes, o sea, el propósito de pasar de la “guerra pequeña”, como tipo principal, a la “grande”, en la cual las incursiones y los golpes de mano de la “guerra pequeña” pasaban a tener un papel secundario. En este cambio de la estrategia de Kolchak y Denikin se expresa el hecho de que, perdida la esperanza en una ayuda militar exterior, se veían forzados a plantearse la tarea de lograr con sus propias fuerzas no sólo el debilitamiento sino la destrucción del poder soviético. En ese viraje obligado de la guerra pequeña a la grande reside la clave del inevitable hundimiento de Kolchak y de Denikin, dado que un ejército blanco de masas está condenado a la descomposición.

La “guerra pequeña”, bien entendida, no plantea a los participantes menos exigencias que la “guerra grande”, sino al contrario: más exigencias. No hay que confundir, repetimos, el insurreccionalismo armado inexperto con la guerrilla como tal. La insurrección de los campesinos ucranianos contra la ocupación alemana y contra Skoropadski, o la insurrección de los kulaks contra el poder soviético, se diferencian profundamente por sus métodos de las operaciones de los destacamentos de los generales Chkura y Pokrovsky. Por un lado, tenemos grupos surgidos semiespontáneamente, bastante caóticos, organizados y armados de cualquier manera, y golpeando a tientas. Por otro lado, tenemos destacamentos bien organizados, concebidos hasta en sus menores detalles, con un alto porcentaje en su composición de militares calificados (oficiales), con armas y municiones bien ajustadas, que llevan a cabo operaciones bien preparadas militarmente. Todo elemento de “aventurerismo” queda excluido de esos destacamentos. Es perfectamente claro que nos encontramos ante fenómenos de dos categorías profundamente diferentes, que no pueden clasificarse simplemente con las etiquetas de estrategia de los “generales” y de estrategia “proletaria”, como quiere presentarlo Taras-Rodiónov, sino que caracterizan diferentes condiciones, diferentes estadios de la guerra civil, y según los momentos constituyen instrumentos en la mano de una u otra de las clases contendientes, o de las dos al mismo tiempo.

Nuestro Ejército Rojo nació de los destacamentos obreros de la Guardia Roja, y de los destacamentos de campesinos insurrectos, a los cuales sólo más tarde se sumaron formaciones constituidas en la retaguardia, más o menos regulares. Los destacamentos de guardias rojos y de insurrectos no podían tener éxito militar más que en el primer periodo, el periodo de tempestuoso impulso revolucionario de las masas obreras y de desconcierto total de las clases poseyentes casi desarmadas. La dirección operacional unificada de los guardias rojos y de los destacamentos de insurrectos no podía realizarse más que en límites muy estrechos. Las líneas operacionales eran, en la práctica, las líneas mismas de expansión de la revolución. Los destacamentos se desplazaban en las direcciones de menor resistencia, es decir, por donde eran acogidos con más simpatía y asistencia, por donde más fácil era sublevar a las masas trabajadoras. El mando no podía, en este periodo, proponerse objetivos operacionales autónomos, no era libre, en realidad, de elegir la dirección de sus golpes; podía únicamente, y hasta cierto punto, coordinar los golpes de los destacamentos, los cuales se desplazaban de manera semejante a como las aguas de los glaciares fundidos en la primavera se derraman por las laderas de la montaña.

Si la guerrilla se entiende como método de maniobras ágiles, fulgurantes, y de picotazos incisivos, parece evidente que los destacamentos de insurrectos, dado su primitivismo y su extrema inexperiencia de combate, así como la inexperiencia de sus mandos, son los menos aptos para auténticas operaciones de guerrilla.

En cambio, Denikin, que contaba a su disposición con un gran número de oficiales profesionales (de esos que sedicentemente han sido marcados para siempre por la

concepción estrecha de la guerra de posiciones) tenía posibilidades mucho más grandes de crear destacamentos de maniobra, capaces de cumplir tareas de mucha responsabilidad y de carácter específicamente “guerrillero”. Es una sandez monumental afirmar que nuestro mando central, hipnotizado por los esquemas de la guerra de posiciones, no se propuso desde el comienzo mismo introducir en las operaciones más agilidad e iniciativa, y asignar un papel importante a los ataques de caballería. Lo sucedido es que en el primer periodo todos los esfuerzos en esa dirección se estrellaron contra la carencia de material humano calificado.

Los destacamentos guerrilleros requieren cualidades extraordinarias en el personal de mando (desde el jefe del destacamento hasta el jefe de sección) y una superior preparación para el combate de los soldados rasos. Y justamente es lo que no teníamos. Por otra parte, nos faltaban jinetes y caballos. Si se considera la guerra de movimiento como un privilegio de la clase obrera (lo cual es unilateral), y la caballería como un factor necesario de la guerra de movimiento (lo cual es completamente correcto), hay que rendirse, no sin cierta sorpresa, a esta evidencia: donde la caballería florece con más éxito es precisamente en las regiones más atrasadas del país: el Don, el Ural, las estepas siberianas, etc. Toda una serie de nuestros más destacados enemigos son de caballería: Kornílov, Dutov, Kaledin, Krasnov...

Análogo fenómeno pudo observarse hace más de medio siglo en la guerra civil de América del norte, donde los estados esclavistas reaccionarios del sur tenían gran superioridad en caballería. Gracias a esta superioridad, y en general a que disponían de un personal de mando numeroso y mejor calificado, dichos estados se distinguieron por una capacidad de maniobra e iniciativa militar mucho mayor que los estados revolucionarios y progresistas del norte³.

Nuestra insuficiencia en un arma como la caballería, que es la más difícil de formar, obligó a nuestro mando a esforzarse en crear una infantería con transporte de tiro apta para la guerra de maniobra, pero el bajo nivel de nuestras unidades de infantería y la falta de caballos impidió que esta tarea fuese resuelta en el primer periodo de la guerra.

Los nuevos reclutas del marxismo intentan deducir directamente de la psicología ofensiva del proletariado su organización militar y su estrategia de clase. Pero pasan por alto, desgraciadamente, que al espíritu ofensivo de la clase no siempre corresponde la cantidad necesaria de... caballos.

De todo lo expuesto se desprende una conclusión opuesta a la de Taras-Rodiónov: el bajo nivel de la educación y de la instrucción militar de los guardias rojos y de las masas insurrectas, así como de las movilizadas posteriormente; la extrema insuficiencia de mandos calificados y plenamente fieles; la carencia casi total de caballería, impusieron al poder soviético una estrategia de masas y un frente continuo, con características de guerra de posiciones, que por lo demás era al principio bastante inestable.

Por el contrario, la desconfianza hacia los obreros y campesinos, la abundancia de mandos expertos, con espíritu de guardia blanco, y la plétora relativa de caballería impulsó a los jefes contrarrevolucionarios a crear destacamentos ágiles, con gran capacidad de maniobra, y a llevar a cabo “aventuras” guerrilleras cuidadosamente calculadas.

Pero como ya hemos dicho más arriba, sería imprudente adjudicar teóricamente cada uno de los tipos indicados a las clases contendientes, sin más que invertir el destinatario. En la práctica podemos observar la modificación de ambos tipos. Habiendo

³ La *guerra civil en América* del norte duró cuatro años, de 1861 a 1865. Las contradicciones de intereses económicos y el problema de la emancipación de los esclavos condujeron al enfrentamiento armado entre los propietarios agrarios y aristócratas del sur y los industriales del norte. El contar con cuadros de mando y con masas preparadas para soportar las calamidades de la guerra daba una gran ventaja a los conservadores del sur. El norte disponía de una población predominantemente urbana (ciertamente superior en número) y carecía totalmente de mandos, por lo cual sufrió al principio varias derrotas. La victoria final fue de los norteros.

alcanzado algunos éxitos, los generales blancos pasan a la movilización forzada de los campesinos, e incluso de los obreros, y a crear ejércitos cuantitativamente impresionantes, los cuales pierden, naturalmente, movilidad y capacidad de maniobra. Al lado de estas tropas “posicionales”, lentas, los guardias blancos crean destacamentos o cuerpos especiales, con gran capacidad operacional autónoma.

Por otra parte, también el Ejército Rojo, en el curso de una lucha intensa de muchos meses en frentes diversos, en condiciones naturales y operacionales muy distintas, ha forjado en su seno varias unidades de primer orden, con mandos templados y dotados de iniciativa. Los esfuerzos del primer periodo por crear destacamentos de guerrilleros dieron por único resultado la plantilla de un batallón de maniobra, pero no produjeron destacamentos de maniobra, verdaderamente capaces para las operaciones guerrilleras. Ahora existen todas las premisas para tales destacamentos, aunque en lo que se refiere a la caballería tengamos que vencer aún grandes dificultades. Estas disminuirán a medida que nos adentremos en la estepa de Orienburgo y que penetremos en el Don.

Hoy es mucho más realizable que hace un año, o medio año, el comunicar mayor movilidad e iniciativa a la actividad combatiente del Ejército Rojo. Pero también en este terreno debemos aprender de los “generales zaristas”, precisamente de los que combaten al otro lado de la barricada.

Podemos decir, en definitiva, que como resultado de una guerra civil prolongada los métodos de hacer la guerra de ambos campos tienden a asemejarse. Si nosotros concedemos ahora una atención creciente a la creación de la caballería, hace tiempo que el enemigo, siguiendo nuestro ejemplo, está pasando a la movilización masiva, y monta sus secciones políticas, sus centros y trenes de agitación. La misma aproximación de los métodos y procedimientos de ambos campos pudimos observar en la guerra imperialista. Al luchar prolongadamente entre sí, los adversarios aprenden el uno del otro: dan de lado lo inútil y asimilan lo que les falta.

Sin subestimar un ápice la importancia de la técnica y de la organización de la dirección operacional (en estos dominios, como ya ha sido indicado, se produce una cierta nivelación), puede decirse con toda seguridad que en última instancia el resultado de la lucha dependerá de qué “centros de agitación” se muestren más eficaces, es decir, de qué idea se revela más convincente para las amplias masas populares y es más capaz, por tanto, de mantener la cohesión espiritual sin la cual no hay ejército. Pero a este respecto no cabe la duda. A lo largo de nuestros frentes circulan trenes que llevan los nombres de Lenin, del camarada Kalinin, y por los suyos un tren que se llama...Purichkievich⁴.

El resultado de la lucha está predeterminado. No queda más que acelerar la victoria sin apartarnos del camino elegido, sin embrollarnos con doctrinas pseudoproletarias, aprendiendo en las lecciones de la vida, incluso cuando nos vienen de los generales zaristas con “iniciativa”.

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

⁴ Gran terrateniente y conocido político ultrarreaccionario del zarismo, famoso sobre todo por su papel en la represión del movimiento revolucionario. [NDE].